

January 1986

Juan Bautista de La Salle

Alfonso Borrero Cabal
revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Borrero Cabal, A. (1986). Juan Bautista de La Salle. Revista de la Universidad de La Salle, (13), 87-91.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Juan Bautista de La Salle*

ALFONSO BORRERO CABAL, S. J.

En la concesión de la Orden de la Universidad de La Salle, en el grado de Gran Cruz.

Quince de mayo de 1986

I

Leí, en algún día de años pasados, la vida de Juan Bautista de La Salle, atraída mi curiosidad por la semblanza humana de aquel remense a quien la Iglesia aureolara con canónica declaración de santidad y virtudes extraordinarias.

El agradecimiento y gratitud que me sobrecogieron hasta dejarme casi mudo, en mi oficina, frente a otro Juan bueno, el amigo y Hermano Juan Vargas —nuestro rector magnánimo—, y ante los también unidos a mí con lazos de amistad, miembros todos del Consejo Directivo, y a la vez Consejo Superior de la Orden de la Universidad de La Salle, comunicantes de la buena nueva que me tiene entre ustedes; me llevaron, con mano suave, a releer la biografía y adentrarme con entusiasta hondura en los quilates de quien, también la Iglesia, nos devela como modelo de tantos que llevados de la fe, dijimos sí al anhelo enaltecedor de ser buenos maestros de la juventud.

* Discurso pronunciado con motivo de la concesión de la Orden de la Universidad de La Salle, en el grado de Gran Cruz, el 15 de mayo de 1986.

** Director Ejecutivo de ASCUN

II

Permitid, pues, que hecho ya mi espíritu a la sorpresa grata de esta Gran Cruz inmerecida, lo que ahora siento se pronuncie en el embeleso y admiración que me acompañan por quien todo lo fue, y supo serlo bien: Juan Bautista de La Salle.

Que apenas quinceañero cruzó la bruma gótica de Reims, más blanca aún por los rigores invernales de 1667, para constituirse en adolescente canónigo catedralicio. Que sería después Maestro de Artes por la Sorbona y Doctor en Teología. Que avezado en la ciencia de Dios, frente a las doctrinas del pasible y anonadado quietismo semihérético, prefiere la voluntad actuosa del creyente y buen cristiano. Que contra las deformaciones jansenistas de la teología de la gracia divina, opta por enarbolar el poder de la voluntad y la libertad humanas para combatir el mal e implantar el bien. Que en sus acciones y audaces iniciativas, desdeña y sepulta los localismos galicanos y unce su voluntad y disciplinas intelectuales a la autoridad rectora del papado; al paso que, investigador, sabio y apóstol, señala y combate los errores calvinistas, en defensa del auténtico mensaje evangélico.

III

Es que en Juan Bautista de La Salle, sacerdote integérrimo, el poder de la voluntad arrolladora no corre a la zaga de su inteligencia lúcida.

Combina, armoniosas, la estudiosidad del científico y del escritor, con el sentido práctico de la vida. La oración y el retiro del santo unido a Dios —de donde deriva fe, pensamiento y energías siempre nuevas—, con la industriosidad y la imaginación, ineludibles para la acción eficaz. Donoso y alegre, vive convencido de que en todo cuenta su empeño persistente para que las cosas se hagan y peleen en frutos.

Puesta la vista en el poder de la Providencia, bien supo sacar partido de sus propias cualidades naturales —¡tan mundanas!, dirían algunos— de administrador, ecónomo y gobernante. Fue hombre de decisiones altivas y manejos acertados. Sus bienes y los de otros, los recursos de que dispuso —familiares o ajenos—, abundantes, suficientes o precarios —esto no interesa— los amaestraba con eficacia oportuna.

¡Qué valioso juego de calidades imprescindibles, para la vida de quien la vive aprestado a sobrevolar dificultades y adherirse a firmes propósitos!

IV

Desde no muy tardío el siglo XVII, la educación y la pedagogía francesas venían depositando incrementada confianza en el poder de la mente humana, en la persona del educando. Anticipo de los buenos manes

de la Ilustración y del despertar que se avecinaba de la industria fabril.

El empirismo de Bacon, la agudeza científica de Galileo, el idealismo matemático de Descartes, el talante realista de Wolfgang Ratke proyectaban, desde el siglo XVI, impulsos en la onda pedagógica innovadora. En ilación de tiempos e ideas, la inventiva didáctica de Comenius, el Telémaco de Fenelón y los propósitos educativos de John Locke, contemporáneos estos últimos de Juan Bautista de La Salle, agigantan y aceleran intereses en torno a la cosa educativa, gestora del ser humano.

De La Salle fue buen hijo del siglo en que naciera y de los dos decenios que vivió en el subsiguiente, dicho por historiadores de tiempos por venir, el siglo de la pedagogía.

V

Pero si todas esas mentes cimeras que dejo mencionadas, meritorias, hicieron escuela, Juan Bautista de La Salle hizo escuela y escuelas.

Dotado de profunda sensibilidad social —decir de nuestros días—, pensó mejor que todos, y de manera más efectiva, que la educación es para todos. Desde sus primeros pasos en San Sulpicio de París, seminarista y después sacerdote, encendió inquietudes por las clases desprotegidas.

Se venía estilando que la educación fuera para unos pocos: nobles, gentileshombres, burgueses, financistas, eclesiásticos y magistrados. El resto, quizás las tres cuartas partes de la población parisina, quedaba al albur de lo que cada quien pudiera recoger, callejero o doméstico, en la florescencia silvestre de la cultura manual: aprendices, lacayos y criados; mecánicos y artesanos nacidos para ocupaciones viles, sórdidas, deshonorosas; tejedores y especieros, merceros y curtidores, orfebres y calceteros que poblaban los suburbios.

Ser maestro y doctor había sido y era timbre de alcurnia social. Pero si bien carentes de predisposiciones presumidas para tan alta tarea, ¿por qué no buscar y hacer maestros en la capa desvalida de la sociedad? Así pensó de La Salle, convencido de que el magisterio nace de la mente, es verdad, pero también y ante todo del corazón dadivoso y del afecto, que causan las más desprendidas y desinteresadas entregas.

VI

Al ritmo, pues, del tesón ineluctable, con quienes se le unieron y de quienes se le unieron, hizo maestros. Con ellos, sin darse apenas cuenta de su empresa, fue convirtiéndose de La Salle en fundador de ingeniosa manera de vida religiosa dedicada al ajetreo educativo de las clases populares.

Juan Bautista de La Salle hizo escuela pedagógica, y creó escuelas. Las erigió en la geografía de lo que hoy es Francia, al estilo de las instituciones educativas que entonces existían: escuelas de caridad, escuelas

de caligrafía y cálculo, escuelas de gramática y letras vernáculas. Y de talleres, idea suya, en las que el oficio artesanal se aproximara a la academia rigurosa, disciplinada; de grupos homogéneos que recorrieran el sendero de arreglos sistemáticos y regulados para educar las manos, la sensibilidad, la inteligencia, las costumbres y el porte, el corazón de los desabastecidos de la cultura noble, y el sentido de Dios.

No solo, entonces, “escuelas de doctrina cristiana”, sino “escuelas cristianas” para hechura del hombre llamado a lo superior. Accedía así Juan Bautista de La Salle, a su modo, al espíritu reformador de Trento, por las vías de la educación que hoy decimos popular.

Sean algunos parciales historiadores de la educación —dijo alguno con sobradas razones— que antes del fallido intento de Pestalozzi en sus empresas de educación expansiva, el mundo se había llenado de escuelas para el pueblo, por obra, entre otros, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Que tal fue el nombre preferido por Juan Bautista de La Salle, en 1684, para aquellos con quienes optó por convivir para difusión de la cultura y el mensaje evangélico.

VII

Cuando Rousseau, señalado hito de la pedagogía en el siglo XVIII, dio a la luz pública su **Emilio** en 1762, veintitrés años antes San Juan Bautista de La Salle, a su muerte, había sembrado de escuelas las ciudades y campiñas de Francia. Desde San Mauricio, Santiago y San Sifoniano, primeras fundaciones, hasta St. Omer que sus ojos vieron desde el seno del Padre.

En veces cabalgando o en postas de diligencias, en ocasiones caminante de posada en posada y de hostel en hostel, hizo florecer escuelas y seminarios para maestros, idea suya, origen bien conspicuo de nuestras normales; de academias para obreros, de internados para nobles, de escuelas-asilo, de reformatorios educativos para los desadaptados.

VIII

Si del siglo XIX nos vienen usanzas de hablar de “escuela nueva”, tomada como cumbre de arranque la figura de Rousseau, advirtamos —apuntación al menos de coincidencia nominal— que desde sitios los Hermanos en la Calle Nueva de París, allá por 1686, Juan Bautista de La Salle inducía en tempraneros novicios el sentido de la educación diferente —“nueva”, digámoslo sin recelos— que partiera dadivosa del corazón en beneficio de los desprotegidos.

IX

Pasaron los años. Las Escuelas Cristianas se extienden por el mundo.

La educación es camino sin término. Es ascenso del espíritu, y no está bien separarse los maestros de sus discípulos a medias cuestras de la vida. Con cuantos de ellos aprendieran, los Hermanos de las Escuelas Cristianas progresaron meritorios.

Llegaron a nuestra patria. La educación en el mundo y en Colombia infló alturas y prestigios. Sin abandonar la semilla primigenia, la escuela popular, el espíritu de La Salle penetró la Universidad. ¿Acaso desde Reims no hizo viaje a París el joven Juan Bautista para cultivar su mente en la Sorbona?

Y aquí me tenéis en esta ladera que se empuja hacia la Sabana de Bogotá, en la Universidad Social Católica de La Salle, agradeciendo de corazón que vuestra magnanimidad me haya sacado de mi estudio, a recibir distinción que sigo sintiendo inmerecida.

La acepto en prez de la Universidad colombiana, de la Asociación que dirijo y de la Compañía de Jesús, también tocada desde su cuna del anhelo por la educación del mundo para Dios.

X

Vocero soy, lo que me es muy grato, de cuantos colegas, profesores universitarios, reciben hoy ascensos y distinciones por labores investigativas y docentes cumplidas desde la entraña de sus inteligencias y del corazón de buenos maestros.

Al de ustedes, maestros y colegas, asocio mi agradecimiento.

Para ustedes, que no para mí, todo el brillo de honores, con plenitud de derechos, a todas luces merecidos.